

ROSAS DE FUEGO  
(Torrente de las flores)

MERCÈ RODORÉDA

ROSAS DE FUEGO  
(Torrente de las flores)



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Torrent de les flors*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far

Ilustración de cubierta: istockphoto



La traducción de esta obra ha contado con la ayuda del Institut Ramon Llull

Primera edición: agosto de 2024

© Institut d'Estudis Catalans  
© de la traducción: Gala Sicart Olavide, 2024  
© de la presente edición: Edhasa, 2024  
Diputación, 262, 2º, 1ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-350-1166-2

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 3902-2024

Impreso en España

DOÑA FLORENTINA  
Y SU AMADO HOMERO

Comedia en tres actos

## PERSONAJES

DOÑA FLORENTINA, profesora de piano, canto y declamación. De unos sesenta años, tranquila y ordenada.

DOÑA ZOILA, modista de sombreros. Vecina y arrendataria de FLORENTINA. Romántica y trabajadora, se preocupa por todo. Entre cincuenta y sesenta años. Viuda.

JULIA, vecina y arrendataria de FLORENTINA. Había tenido una tienda de judías y garbanzos cocidos. Ahora ella y su marido viven de lo que les dan sus hijos. Muy robusta y medio campesina. Entre sesenta y setenta.

DOÑA PERPETUA, vecina de FLORENTINA. Dueña de una casa de huéspedes. Baja y gordita [entrada en carnes], ojito de perdiz, mucha picardía. Ligeramente cargada de hombros. Camina como un pato, con las piernas abiertas. Un poco estevada, tiene las piernas sin forma. Puede que con los tobillos algo inflados. Viuda.

ZERAFINA, sirvienta de FLORENTINA. Chica de pueblo, guapa, rubia, delgadita. Ingenua y lenta. A veces, tal vez porque cecea, se pone nerviosa y parece un relámpago.

DON HOMERO, propietario de una tienda de cirios y estampas. Bajito, gordito [entrado en carnes]. Lleva el bigote teñido y peluca negra. Colorado de cara. Hipócrita y astuto. Entre los sesenta y los setenta. Es amigo de Florentina desde hace veinte años.

FRASQUITO, mozo de HOMERO.

MIQUELÓ, prometido de ZERAFINA.

La voz del vigilante.

Alumnos:

Una chica de dieciocho años [CHICA]

Un chiquillo de ocho o nueve años [JAIMETE]

La acción pasa en una casa de San Gervasio.

Los tres actos tienen el mismo decorado.

Una sala con una puerta a cada lado y un balcón al fondo que da al jardín. A la izquierda, un sofá y dos butacas. A la derecha, una mesa redonda cubierta con un chal de cachemir, rodeada de sillas. Encima de la mesa, un jarrón con lirios artificiales, y una cestita con todo lo necesario para coser. A un lado del balcón, un piano negro. Encima del piano, dos candelabros, un reloj, y, en la pared, un cuadro de santa Cecilia. Al otro lado del balcón, un pequeño escritorio. En la pared, un diploma. Los muebles, buenos y sencillos, ochocentistas. Todo estará muy limpio y ordenado. Antimacareas, trapitos de encaje, etc. En mitad del escenario, un gran brasero dorado.

## ACTO I

*(Son las nueve de un día de otoño. Cuando se levante el telón no habrá nadie en escena. De repente se ve bajar, desde el centro del balcón abierto, un cesto atado a una cuerda. Una voz, desde el exterior, llama: «¡Florentina!, ¡Florentina!». El cesto volverá a subir y al cabo de un rato volverá a bajar. La voz llamará otra vez. Este juego se puede repetir unas cuantas veces. En el reloj de encima del piano darán las nueve. Luego se oirán sonar fuera, desde una iglesia cercana.*

*Lllaman al timbre de la calle un par de veces. Desde la derecha entra FLORENTINA. Se quita el delantal, no puede desatar las cintas, lanza el delantal hacia el lugar por donde ha salido y cierra la puerta. Se arregla el pelo deprisa. Se la verá nerviosa. Lllaman de nuevo dos veces seguidas. Va a abrir y con las manos se sujeta los pechos.*

*Regresa seguida de DON HOMERO. Este lleva un paquete alargado y estrecho que deja sobre el sofá).*

FLORENTINA: No sé si decírtelo, pero estaba de lo más nerviosa... *(Le da un beso, que DON HOMERO no le devuelve, y le recoge el sombrero).* Hace tiempo que solo se oye hablar de cosas desagradables..., se ve que Barcelona está llena de buscavidas que la quieren desacreditar. HOMERO: ¡Ah, las mujeres! Mujeres... Siempre temerosas de algo. ¿Cómo va a aparecer un buscavidas por este barrio tuyo, tan tranquilo y alejado de la gran aglomeración, de las grandes arterias? Esto es paz en la Tierra, como si vivieras a miles de kilómetros de la plaza de Catalunya.

FLORENTINA: Precisamente por eso, porque es un barrio tan solitario.



HOMERO: Miedos, hija, miedos. No dejes que te metan manías en la cabeza... ni hagas demasiado caso de esas amigas que te rodean.

FLORENTINA: El otro día robaron en una casa que hay más arriba.

HOMERO: Eso no quiere decir que vayan a robar en la tuya.

FLORENTINA: Claro... Visto así...

HOMERO: Claro, mujer, claro. Escucha... Me tendrías que hacer un favor.

FLORENTINA: Dime. ¿Qué quieres? ¿Quieres cenar?

HOMERO: Ya he cenado.

FLORENTINA: ¿Quieres quitarte los zapatos? ¿Te traigo el batín?

HOMERO: Ni quitarme los zapatos, ni ponerme el batín, porque me voy enseguida.

FLORENTINA: Ah... Yo creía que...

HOMERO: ¿Puedes cerrar el balcón? Parece que va a refrescar.

(*FLORENTINA cierra el balcón*).

FLORENTINA: Perdona, no sé lo que hago... Estaba tan ocupada en la cocina y has llegado por sorpresa... Ya creía que no vendrías..., aunque es viernes.

HOMERO: (*Entusiasmado*). ¡Los grandes viernes de Homero y de Florentina! (*Le da un cachete en el culo*).

FLORENTINA: ¿Y el favor del que hablabas?

HOMERO: (*Se quita la americana*). Hace tres días que se me cayó un botón y hace tres días que lo llevo en el bolsillo... (*Busca en los bolsillos de la americana*). A ver si lo habré perdido... Ah, ya lo tengo. ¿Me lo podrías coser?

FLORENTINA: Ahora mismo. Un momento... Mientras te lo coso, ¿te apetece una copita de moscatel?

HOMERO: ¿Qué tal si me ofreces un coñac? Si tienes, ¿eh?

FLORENTINA: Me parece que queda un culito. Voy a ver. Deja la americana encima de la mesa, ¿quieres? (*Se va*).

HOMERO: (*Va a dejar la americana y se da un tropezón con el brase-ro*). ¡Caray! Vaya golpe en la espinilla... (*Da unos cuantos saltitos a*

la pata coja). ¿Qué diablos hace este brasero aquí en medio? (Da un manotazo a los lirios y coge el jarrón precipitadamente para que no se vuelque. Lo toca todo: los respaldos de las sillas, el reloj encima del piano; abre un cajón del escritorio, levanta la tapa del piano y toca unas cuantas teclas, palpa el chal de cachemir que cubre la mesa, destapa el brasero, etc.). Bonita casa, bonitos muebles..., paredes reforzadas. Una propiedad sólida. Con buenos cimientos para poder añadir más pisos el día que convenga...

FLORENTINA: (Regresa con una botella y una copa). ¿Qué decías?

HOMERO: Divagaba.

FLORENTINA: (Sirviendo el coñac). Queda, justo, una copita. (HOMERO se lo bebe de un trago). Qué rápido... No te habrá sabido a nada...

HOMERO: El coñac está hecho sólo para sentirlo por dentro..., ah... No se hable más. Esto reconforta...

(Se sientan delante de la mesa. FLORENTINA coge hilo y aguja de la cestita, se pone las gafas y empieza a coser el botón).

FLORENTINA: El hilo no es exactamente del mismo color...

HOMERO: No importa. Tú cose. (Bebe la última gota de la copita).

FLORENTINA: (Levanta la cabeza). Veo que te has quedado con ganas..., pero que conste que he escurrido la botella hasta la última gota.

HOMERO: (Mirando la copita a contraluz). Esto es vida. ¿Cómo estás de alumnos?

FLORENTINA: Todos los que estaban fuera van regresando, y tendré dos nuevos: solfeo y piano. Los dos empiezan.

HOMERO: No he conocido mujer como tú.

FLORENTINA: ¿Dices que llevabas este botón en el bolsillo hacía tres días?

HOMERO: Sí, hija mía, sí. Tres días con sus tres noches... Mi mujer es así. Ya lo sabes. El primer día le dije que se me había caído un botón, el segundo día le pedí que me lo cosiese y al tercer día, silencio, punto en boca, hagamos como si no nos enterásemos de nada.

FLORENTINA: Eres un hombre demasiado bueno.

HOMERO: Ya me conoces. Me conociste antes de que me conociera mi mujer. Quién nos lo hubiera dicho, cuando jugábamos de galería en galería, cuando hacíamos volar la cometa... Quién nos lo hubiera dicho... Me callo muchas cosas para no preocuparte. En fin, Dios nos libre de un ya está hecho, no se hable más.

FLORENTINA: ¿Sabes qué? Hoy ya creía que no vendrías... ¿Qué te ha pasado?

HOMERO: Me están pintando la tienda. Ya le hacía falta, ¿sabes? Hacía años que no le había hecho nada y, con ese papel tan descolorido, ni se veían bien las estampas, ni lucían los cirios.

FLORENTINA: Pero...

HOMERO: Ya sé lo que ibas a decir. El pintor es un amigo y viene a trabajar cuando acaba la jornada. A mí me va de primera porque puedo tener la tienda abierta y despachar como de costumbre mientras duran las reformas. Él viene tarde y yo le ayudo a mover los paquetes de un lado a otro... Todo lo que le estorba, ¿sabes?

FLORENTINA: Toma, ya está. (*Le da la americana*). Mira lo poco que cuesta. No me gusta hablar mal de nadie, ni quisiera que pensaras que barro para dentro..., pero, la verdad...

HOMERO: (*Coge la americana y se la pone*). Mujer, tú sí que me sacas de un descosido.

FLORENTINA: Qué vamos a hacerle... Me querías a mí y te casaste con otra.

HOMERO: Pero no se puede decir que hayamos perdido el tiempo... Hemos recuperado todo el que hemos podido, ¿eh?

FLORENTINA: (*Lo mira fijamente*). Aunque actúas con naturalidad..., me parece que disimulas alguna cosa... Me parece raro... eso del botón... Me parece que te pasa algo y no te atreves a decírmelo.

HOMERO: Hace tres días que me dan la murga en casa. La nena quiere salir sin que, a su regreso, su madre le pregunte que de dónde viene; el chico defiende a su hermana, yo también... Hay que dar libertad a la juventud... Y mi mujer... tuvo un ataque de nervios y hubo un momento en que pensé que me iba a pegar. Hace tres días que tengo acidez... Si crees que puedo estar como unas castañuelas...

FLORENTINA: Se me encoge el corazón... Yo que sólo quiero que seas feliz. Que todos mis sacrificios han sido por...

HOMERO: Veinticinco años, Florentina, veinticinco años de disputas y peleas. Menos mal que mis hijos me han salido buenos y me quieren mucho.

FLORENTINA: Ya se ve que son como su padre. Y que saben ver dónde está la bondad.

*(Llaman al timbre).*

HOMERO: *(Alarmado)*. ¿A estas horas?

FLORENTINA: Debe de ser la nueva sirvienta. Llevo esperándola desde las tres.

HOMERO: Pues, hija, sí que...

*(FLORENTINA va a abrir y regresa sola).*

FLORENTINA: Ay...

HOMERO: ¿Quién era?

FLORENTINA: Un bromista.

HOMERO: ¿Tienes buenas referencias de esa chica? Ya sabes que las cosas hay que hacerlas bien.

FLORENTINA: Es una chica de dieciocho años. Viene de Vallgorguina.

HOMERO: A la primera falta, te lo digo siempre, a la calle. Acuérdate de cómo me iba a mí antes con los dependientes. Solo uno me ha salido de buen carácter: el mozo, Frasquito. No quiero llegar aquí los viernes y encontrarte preocupada por culpa de la criada. Además, tú necesitas tener la mente clara para poder impartir tus clases. Una persona seria, de toda confianza, que te sirva con lealtad...

¿Una chica de dieciocho años? Umm, me parece demasiado joven.

FLORENTINA: No te fijes en la edad. Yo cuando tenía dieciocho años ya era como soy. Y, en cambio, hay personas que a nuestra edad están muy locas. La edad no significa nada.

HOMERO: Ya veremos lo que me dices dentro de un tiempo... Déjate de historias: como Filomena no encontrarás a nadie.

FLORENTINA: Pero qué le voy a hacer, pobre de mí, si Filomena estaba demasiado vieja para trabajar y se quiso ir al pueblo con los hijos. Tal vez esta chica sea una joya.

HOMERO: Joya o no joya, la esperabas a las tres y son más de las nueve, y tú aún esperando. Me parece que la cosa está empezando mal. En tu lugar, si no me diera una explicación aceptable de por qué ha tardado tanto, ni le abriría la puerta.

FLORENTINA: Es que ya no la espero. Quizás alguien en su casa se ha puesto enfermo —se ve que tiene diez u once hermanitos—, y no ha podido coger el tren.

*(Llaman al timbre).*

HOMERO: Ahora sí la tienes aquí. Me espero un momento para verle la cara y me voy, que es muy tarde.

*(FLORENTINA se va a abrir)*

HOMERO: *(Golpea la pared con los nudillos)*. Sólido. Sólido.

*(FLORENTINA regresa con ZOILA, que vive en el piso de arriba. Entran hablando).*

FLORENTINA: Desde las tres, y aún no está aquí.

ZOILA: Ya pensaba que pasaba alguna desgracia, preciosa. Llevo desde las ocho subiendo y bajando el cesto... ¡Ay! ¿Cómo está, don Homero?

HOMERO: Como unas auténticas pascuas. ¿Y usted?

FLORENTINA: Hija mía, esperaba a la nueva sirvienta para hacer confitura de tomate y, al final, en vista de que no venía, me he puesto a hacerla yo. Mañana comienzo el curso y no puedo perder ni un minuto de mi tiempo cuando tengo las clases..., ni me quiero estropear las manos con las tareas de la casa.

ZOILA: ¿Dices que tenía que venir a las tres? A esta nena la ha

aplastado un tranvía. Una chica de pueblo y joven... Se habrá atolondrado al cruzar la calle y ya estará muerta.

FLORENTINA: Tú siempre pensando lo peor.

HOMERO: Doña Zoila, si la criada se ha muerto, Florentina buscará otra. No nos obcequemos. Así es la vida. Se pierde una y se encuentran dos.

ZOILA: Escucha, hija mía, preciosa, te bajaba el cesto porque necesito una cebolla. Estoy haciendo una faena que quiero acabar esta noche y ni tiempo he tenido de ir a la droguería. (*A HOMERO*). ¿Sabe?, cada noche me preparo la comida del día siguiente..., así, si alguna señora me entretiene, no me quedo sin comer, que es lo que me pasaba antes tantas veces, cuando empezaba.

FLORENTINA: Lamento no haberte oído... La ventana de la cocina da al otro lado y mientras pelaba los tomates la tenía cerrada...

ZOILA: La próxima vez seguiré el sistema que tenemos con Julia: damos unos golpes con el mango de la escoba... Pero no me he atrevido a hacerlo por no asustarte... Ya tenemos bastante susto con ese hombre misterioso...

HOMERO: No piensen en los ladrones, no piensen en casas robadas, no piensen en revoluciones...

FLORENTINA: Voy a buscar la cebolla. Un momento. (*Se va*).

HOMERO: ¿Por qué se preocupan de lo que dice la gente? Han robado en una casa. ¿Y qué?

ZOILA: Es que nosotras somos mujeres solas...

HOMERO: Las mujeres solas dan miedo a los ladrones... A veces da más miedo una mujer que un batallón de soldados.

ZOILA: Usted siempre bromeando... ¿Cómo le van los negocios?

HOMERO: A los envidiosos les digo que va mal. A los que me pueden ayudar, les digo que me va muy bien. A usted...

ZOILA: Que estoy en el medio...

HOMERO: Le diré la verdad: ni muy bien ni muy mal. Aunque lo suficientemente bien como para poder ahorrar un poco. ¿Y los suyos?

ZOILA: Bien, bueno, comer y cocer..., y esforzarme mucho. Las señoras son muy difíciles...

HOMERO: ¿Y caprichosas?

ZOILA: Afortunadamente. De todas formas, las que me dan para vivir son un par de docenas de clientas que necesitan un sombrero cada dos o tres meses. Se los hago tan bien como lo haría una casa de lujo, y mucho menos caros. Y las malas clientas, las que sólo se hacen un sombrero cada año o cada dos años..., también me ayudan.

HOMERO: También tendrá alguna de esas que necesitan... Ya me entiende..., la excusa..., para que la familia..., el marido...

ZOILA: (*Molesta*). No me lo dicen.

(*Regresa FLORENTINA*).

FLORENTINA: Ten, cariño, ten: la cebolla. Y perdona que no te haya oído.

ZOILA: Desde ahora siempre te avisaré con la escoba. No te asustarás, ¿verdad?

FLORENTINA: Yo haré lo mismo: tú, golpe de palo en el suelo; yo, golpe de palo en el techo...

HOMERO: Qué bien se lo pasarán.

FLORENTINA: Perdona que no te escuchara.

HOMERO: Ya se lo habías dicho.

FLORENTINA: Es que me sabe tan mal...

ZOILA: No lo pienses más, preciosa. Si hubiera sabido que te ibas a preocupar no te lo hubiera dicho. Y me voy. Esta noche la tendré que pasar despierta, y como mañana es tu cumpleaños...

FLORENTINA: Prefiero no acordarme...

ZOILA: Buenas noches, don Homero.

HOMERO: Buenas noches. (*A FLORENTINA*). Yo también me voy a ir enseguida.

(*FLORENTINA acompaña a ZOILA. HOMERO se saca el reloj del bolsillo del chaleco y compara la hora con el reloj que hay encima del piano*).

FLORENTINA: Me da una pena la pobre Zoila...

HOMERO: Si está como una princesa: trabaja, y el trabajo la distrae. Sin trabajar, ¿qué haría?

FLORENTINA: Pero tan sola... Y sólo el trabajo... y tantos recuerdos...

HOMERO: Te refieres a que no es como tú, ¿verdad?, que me tienes a mí y eres propietaria... Esta casa cada día vale más. Los terrenos en este barrio se están poniendo a un ojo de la cara. Mi Florentina tiene un buen colchón. Y yo, contento, muy contento. El día que tus padres adquirieron esta propiedad, hicieron una santa cosa.

FLORENTINA: Ya sabes que todo lo que tengo... Homero, tus hijos son como si fueran mis hijos.

HOMERO: Ea, ea..., cálmate. Y, si los conocieras... Qué par de ángeles recién caídos del cielo... Si el chico es un modelo de virtudes, la chica es una santa de altar...

FLORENTINA: Tú me has enseñado a quererlos, hablándome de ellos como tal vez ningún padre hable de sus hijos.

HOMERO: Y son de un obediente... Florentina, cuando pienso que esas dos flores me han salido de aquel cardo...

FLORENTINA: Una alegría compensa una pena, amigo mío.

HOMERO: ¡Si supieras cuánto me gustas!... Bueno, hija, te dejo. Sé que estás bien, y eso es todo lo que te deseo. Cuídate, ¿me oyes? No duermas con el balcón abierto, que las noches ya empiezan a ser frescas y las madrugadas son malas... ¿Me lo prometes?

FLORENTINA: (*Con lágrimas en los ojos*). ¿Qué sería de mí sin ti?

HOMERO: Ea, ea, no seas llorona. Ya sabes que me tienes a tu lado. Y eso que siempre dicen: alegría, y lo demás son tonterías. A reír. A vivir. A cantar. ¡Ah!, mira, no me acordaba... Te he traído un par de cirios. Y de los buenos. (*Coge el paquete que había dejado encima del sofá, lo desenvuelve con cuidado y saca dos cirios muy adornados*). Para el piano. Y que mañana pases un muy feliz cumpleaños.

FLORENTINA: Qué hermosura. Qué buen gusto, qué elegancia...



*(Se acerca al piano, retira los cirios que había y pone los nuevos).*

HOMERO: Ahora sí que te dejo.

FLORENTINA: No sé qué decirte... Estos detalles que tienes... Gracias, ¿me oyes? Gracias.

HOMERO: Y ya lo sabes, ¿eh? A reír. A cantar.

*(Salen los dos. Regresa FLORENTINA, abre el balcón y llama).*

FLORENTINA: ¡Zoila! ¡Zoila! Baja un momento.

VOZ DE ZOILA: No puedo. Tengo la cebolla en el fuego y la plancha caliente. Estoy acabando una labor.

FLORENTINA: Es que estoy sola, y es muy pronto.

ZOILA: Llamaré a Julia para que te venga a ver, ¿qué te parece?

FLORENTINA: Sí, llámala con la escoba. Dile que baje a hacerme compañía mientras se va haciendo la confitura de tomate.

*(Va hasta el piano y toca los cirios. Recoloca los antimacasares. Compone los lirios).*

FLORENTINA: *(Delante del cuadro de santa Cecilia).* Santa Cecilia adorada, protegédme siempre, acordaos de mí, que os quiero. Hacedme compañía. Dadme trabajo. Traed la paz a mi vida...

*(Llaman).*

FLORENTINA: Qué rápido han ido. A no ser que sea la sirvienta...

*(Va a abrir y regresa con JULIA).*

JULIA: Qué susto me ha dado Zoila, hija de mi vida. ¿Qué pasa? Estaba a punto de meterme en la cama cuando oigo que golpean justo debajo de mis pies con el palo de la escoba.

FLORENTINA: Ha venido Homero.

JULIA: Ese pobre hombre...

FLORENTINA: Me ha traído dos cirios. Mira.

JULIA: Qué miseria.

FLORENTINA: Tú siempre quejándote.

JULIA: Y a ti cualquier cosa te hace feliz. Dos cirios... Si a mí un señor como éste, que tiene una tienda funcionando, me viene y me trae dos cirios para mi cumpleaños, se los parto en la cara. ¡Dinero! Dinero es lo que te tiene que dar, y no dos tristes y miserables cirios.

FLORENTINA: Bueno, pues yo aprecio estos detalles.

JULIA: ¿Qué te has llevado, qué te ha dado en todos estos años? ¿Me lo quieres decir? ¿Quién lo ayudó en aquel tiempo, cuando todo le iba mal? De verdad... Este hombre tendría que besarte los pies... ¡Dos cirios! Mira, me hierve la sangre. Y con su mujer, ¿cómo están?

FLORENTINA: En casa viven un infierno.

JULIA: Cuenta.

FLORENTINA: Ayer, porque sí, por una palabra sin importancia, rompió toda la loza de la cocina.

JULIA: ¡Caramba! Cuenta.

FLORENTINA: Se ve que los hijos tuvieron que intervenir. Gritos y más gritos.

JULIA: Me dejas muerta. Que se separe de una vez...

FLORENTINA: Qué quieres que haga el pobre; es la madre de sus hijos... Y, cuando a él se le cae un botón, ella no se lo cose..., una desgracia.

JULIA: Qué cosas... Pero a él se le ve tan despabilado. No parece que haya tanto drama en su casa.

FLORENTINA: La tienda lo distrae: los cirios, las estampas.

JULIA: Y alguna visita de las monjas..., ¿a que sí?

FLORENTINA: Pero qué mal pensada eres.

JULIA: Hay monjas muy guapas y acabaditas de ordenar. Tan jovencitas...

FLORENTINA: Calla, calla... Más te valdría irte a confesar.

JULIA: Para confesiones estoy yo, con los capazos de ropa que tengo por lavar... Mi marido ya dice que...

FLORENTINA: ¿Lo tienes en casa?

JULIA: Está en casa de la nena. No me lo recuerdes, que regresa el lunes y ya estoy temblando. No sabes la suerte que tienes de no tener marido.

FLORENTINA: ¿No se ablanda, después de esas temporadas que pasa con la hija?

JULIA: Calla, mujer, calla. Ya sabes que en casa siempre hemos vivido un infierno. Ahora tiene celos del chico, porque alguien le ha dicho que, cuando no está en casa, Jaume me trae la mejor carne. En cambio, a él y a la nena parece que les lleva piezas que no valen nada... Cortes para hacer estofado, todo grasa y pellejos, ¿sabes?

FLORENTINA: ¿Y no se cansa de vivir una temporada en una casa y una temporada en la otra?

JULIA: Le guste o no, tiene que ser así. El chico lo obligó después de la última pelea. Le dijo: «Quiero que mi madre pueda estar tranquila de vez en cuando, así que usted se irá también con Isabel. Madre trabajó como una negra en la tienda toda la vida, hirviendo garbanzos y judías y sirviendo anchoas, y ahora quiero que viva un poco en paz». Ay, señor... Cuando lo tengo en casa me habla mal de la nena, y cuando está en casa de la nena les habla mal de mí. Qué castigo...

FLORENTINA: Si eso los tiene distraídos y todos lo conocéis... No hagas caso...

(*Llaman*).

JULIA: ¡El jabonero!

FLORENTINA: (*Yendo a abrir*) ¿El jabonero? ¡La sirvienta!

JULIA: ¿A estas horas esperas a la sirvienta?

(*FLORENTINA regresa con ZOILA*).

ZOILA: Ya tengo hecho el sofrito y he planchado todo lo que tenía que planchar, pero aún no estoy lista... Preciosa..., no he podido evitar bajar a charlar ¿De qué hablabais?

JULIA: De los hijos, Zoila. Los hijos.

ZOILA: Qué suerte tienes de poder verlos. Si yo pudiera ver al mío...

FLORENTINA: También hablábamos de Homero.

JULIA: Ah, sí. Dice que ayer le rompió toda la loza.

ZOILA: ¿La loza? ¿Quién le rompió la loza?

JULIA: Pues la Homera, alma de cántaro. La doña de Homero. Se ve que cuando se enfada es una fiera. Como si soltasen a las hienas del zoo.

ZOILA: A ver si así se decide a dejarla.

JULIA: ¿Dejo yo acaso a mi marido, que es mi castigo?

ZOILA: Es muy diferente.

JULIA: Esta ingenua... Perdóname, Florentina, pero el cariño que te tengo me hace decir cosas que no debería... Esta ingenua ha tenido la paciencia de un santo.

ZOILA: Yo soy una buena persona, pero la paciencia de Florentina..., yo no la hubiera tenido.

FLORENTINA: Él a veces ha insinuado...

ZOILA: Insinuar, insinuar... ¿Qué quiere decir insinuar? Los que insinúan es porque algo ocultan. Las insinuaciones se pueden interpretar de muchas maneras, y quien las hace es una persona que se ríe de quien tiene delante, eso pienso yo porque, ¡sí, señora!, la deja abandonada en un mar de pensamientos que no hacen más que molestar. ¿Alguna vez ha concretado algo, don Homero?

FLORENTINA: No, claro.

JULIA: Él ha tenido más suerte contigo que tú con él.

ZOILA: Veinticinco años de fidelidad a un hombre casado y con hijos, qué paciencia... Si no fuera porque te aprecio, te daría una paliza.

JULIA: Pero, ratita, ¿no ves que ella lo quiere? ¡Alégrate por ella!

ZOILA: A nuestra edad se quiere y..., no sé cómo decirlo, y no se quiere.

FLORENTINA: Anda que vaya problemas.

ZOILA: Podrías haber encontrado un buen partido. Ahora tendrías hijos, hijos que serían los tuyos.

JULIA: Si ella ya tenía un buen partido... ¿No te acuerdas de que nos lo había contado? Lo dejó por Homero. El hijo de un notario.

ZOILA: Y don Homero hubiera tenido que ir a vender sus insinuaciones a otro barrio.

JULIA: Mira, es que cuando lo veo tan altivo y con esos coloretos suyos me entra una rabia que, si pudiera, lo estrangularía.

FLORENTINA: Tú siempre igual... Nada se puede hacer sobre cómo son las personas por dentro.

JULIA: Si lo quisieras admitir... ¿Te volverías a acostar con don Homero?

ZOILA: No la marees, va.

FLORENTINA: No, si me gusta, sé que lo hace porque me tiene aprecio.

JULIA: Claro que sí. Si no, me callaría y reiría.

FLORENTINA: Vamos a ver, ¿tú estás muy contenta con tu vida?

JULIA: Yo también tengo mis pegas. Toda la vida deslomándome, y él sentado en una silla haciendo de estatua, y Julia que se las arregle.

FLORENTINA: Todas cargamos con nuestra cruz.

ZOILA: Eso nos hermana. Yo enviudada a los veinte con un hijo de dieciséis meses en mi regazo. Dos años casada con un jugador que cuando me tuvo arruinada se suicidó. Y ese hijo, que me costó sangre y sudor, a los veinte años me dice que se quiere ir a recorrer el mundo.

JULIA: (A FLORENTINA). Y que la dejó bien dejada. Hace veinte años que no sabe de él.

FLORENTINA: También has pasado lo tuyo, pobrecilla.

JULIA: Pero tu marido no te ataba a la cama como el mío para que no huyeras. Cuando era joven daba miedo. Y yo me tenía que callar para que mis padres no se despertaran, que dormían en la habitación contigua..., y los hijos, que dormían al otro lado. Cómo son los hombres...

*(Llaman al timbre).*

FLORENTINA: ¡Ahora!

ZOILA: Abro yo.

FLORENTINA: Ahora sí que será ella.

JULIA: Esta chica, si comienza así, sólo te dará disgustos.

FLORENTINA: Ya empiezo a pensar que he hecho un disparate.

*(Regresa ZOILA).*

ZOILA: No había nadie. He visto una sombra que giraba la esquina, muy pegada a la pared.

JULIA: Si llamaran cuando no estamos, no abras, ¿oyes? Sobre todo, no abras. Ya sabes que robaron en casa de los Rius.

FLORENTINA: Porque no habían vuelto de viaje y la casa parecía abandonada..., pero mejor dejemos el tema que al final me vais a asustar.

ZOILA: Pero ¿qué quieres que vengan a robar aquí?

JULIA: Hay ladrones que se especializan en mujeres solas. ¿No ha venido aquel hombre que vende jabón? Quima me ha dicho que había ido a su casa. Ella se lo quitó de encima de malas maneras; dice que al principio él le plantó cara, pero que ella acabó por echarlo y que se fue con el rabo entre las piernas.

FLORENTINA: A lo mejor tiene media docena de criaturas que le piden pan.

ZOILA: ¿Sabéis qué? Que podríamos rezar un padrenuestro para que Dios nos proteja de los ladrones.

JULIA: Qué salidas tienes... Vamos, mujer, si es que al final vamos a dar risa.

ZOILA: Yo tengo mis creencias.

JULIA: Yo también. Pero están en otra parte.

*(Llaman, y todas dan un salto).*

JULIA: No abras.

FLORENTINA: ¿Y si es ella?

ZOILA: Que se vaya. Me parece que más paciencia de la que tienes es inimaginable.

JULIA: Llevas más de seis horas esperándola...

*(Vuelven a llamar).*

ZOILA: *(A JULIA)*. ¿Y si vas a mirar?

FLORENTINA: Ya voy yo. No se nos van a comer. Miraré por la rejilla.

ZOILA: *(A JULIA)*. Ve tú, que eres la más valiente.

JULIA: Tal vez soy la que mejor sabe disimular el miedo... Miraré por la rejilla. *(Sale)*.

ZOILA: Todo esto no me gusta nada. Esta noche pasaré miedo: miedo de desnudarme, miedo de mirar debajo de la cama, miedo de apagar la luz.

FLORENTINA: No te pongas tan nerviosa...

ZOILA: No, no podré dormir. *(Le enseña las manos, que le tiemblan)*.

Mira. Y, si me duermo cuando estoy así, me duermo de aquella forma que te piensas que estás despierta y sueño que mi hijo está muerto. Y lo veo mientras se me va acercando..., y acercando...

*(Entra JULIA con PERPETUA).*

JULIA: Es doña Perpetua. Le hablaba del susto que nos ha dado. Dice que el jabonero la ha visitado.

PERPETUA: Que si lo ha hecho... Barro me ha vendido, el ladrón. ¡Barro! Un jabón que, en vez de limpiar, ensucia. Blando como el lodo y no hace nada de espuma. Cómo me ha engañado, el ladrón... Pero contadme cosas. Desde el balcón, así, a simple vista, he visto luz y movimiento. He mirado con los binoculares y he visto a Zoila. Ahora es el momento, me he dicho, de ver qué se cuece. Y luego, si os portáis bien, os daré una noticia que os caeréis de espaldas... Y os tendrán que venir a recoger.

JULIA: Dánosla inmediatamente... Qué ganas de tenernos en ascuas.

PERPETUA: Paciencia. (*Se saca del escote una mano de mortero*).

FLORENTINA: ¿Dónde vas con una mano de mortero?

JULIA: Se ha vuelto loca viendo hacer gimnasia al señor Xica.

PERPETUA: Es por precaución, por si me topaba con el jabonero.

¡Ah! Tengo un huésped nuevo: un joven de veintidós años. Me lo recomendaron los Felipons de Llagostera. No había visto a alguien tan distinguido en toda mi vida.

ZOILA: Qué no dirá cuando ve al señor Xica hacer gimnasia en la galería... Aunque no sé de qué le sirve. Pobre hombre, tiene la tripa que parece una pera.

JULIA: A veces lo veo pasar con su bastoncito, taco-taco...

FLORENTINA: Parece una momia y sólo tiene setenta años.

ZOILA: ¿Así que la gimnasia lo conserva?

FLORENTINA: Tú sí que estás entretenida con tus huéspedes.

PERPETUA: Así que os habíais asustado, ¿eh? Pues agarraos, que ahora suelto la bomba.

JULIA: No nos tengas en vilo tanto rato, anda, suéltalo ya...

FLORENTINA: Yo ya no me acordaba de que se guardaba una noticia.

PERPETUA: ¡Y qué noticia! Me ha tocado la lotería.

JULIA: No me lo creo.

FLORENTINA: Una vez ya nos gastaste una broma por el estilo, cuando nos dijiste que habías heredado.

PERPETUA: Chicas, esa vez era diferente. Estabais aburridísimas, y os lo dije para animaros un poco. Como dice Homero: ¡a reír!, ¡a vivir! ¿Sabéis cuánto he sacado? (*Se agarra el vientre de tanto reír*). Cien mil duros. Cien mil.

JULIA: No puede ser.

ZOILA: ¿Seguro que no te equivocas?

PERPETUA: Aquí tenéis el número y la lista de los premiados. Hala, a ver si ahora lo desmentís.

ZOILA: Qué suerte, Virgen santa...

JULIA: Oh, pues es verdad...



FLORENTINA: ¿Y qué vas a hacer?

PERPETUA: Lo primero, cobrarlos. Y os pido que, por favor, no se lo digáis a nadie. Es un secreto entre nosotras.

ZOILA: Mutis.

FLORENTINA: ¿Te jubilarás?

PERPETUA: ¿Y qué voy a hacer, sola como una ostra? Necesito acción. Y la criada, ¿dónde la tienes?

JULIA: No se le ha visto ni la sombra.

PERPETUA: Quizá no entendiste bien la carta...

ZOILA: Yo creo que debe de haber un error con las fechas. En vez de este viernes se referiría al que viene.

JULIA: Estate tranquila, está chica no vendrá hasta la semana que entra.

PERPETUA: Ah, tenéis razón, es viernes. ¿Ya ha venido tu Homero?

JULIA: Con dos cirios.

PERPETUA: ¿Se le ha muerto alguien?

FLORENTINA: Para los candelabros del piano.

JULIA: Un obsequio. A ver qué dices tú, a ver si no te parece miserable regalar dos cirios para un cumpleaños. Oh, y de una persona que los vende y que además tendrá su descuento.

PERPETUA: Hay que agradecer el detalle.

FLORENTINA: Eso es lo que le he dicho a Julia, que se ha puesto como un basilisco.

PERPETUA: Y ¿qué se cuenta de su casa?

JULIA: Un infierno.

ZOILA: Se ve que se pegan con la mujer, delante de sus hijos.

PERPETUA: Este hombre no vivirá hasta que no se separe de esa tanqueta. Se ve que lo tiene atemorizado.

JULIA: ¿Por qué dices esa tanqueta?

PERPETUA: ¿Florentina nunca te ha contado que un día los vi en misa, durante las fiestas de la Mercè? Ella le pasa dos palmos. Era como una gigante con mantilla.

JULIA: Pues estarán que darán risa.

FLORENTINA: ¿Qué quieres decir?

JULIA: Cuando le apetezca pegarle en el cogote..., seguro que se ceba.

PERPETUA: Contad, contad... ¿Por qué se pelean?

ZOILA: Pareciera que nunca vienes por aquí. Hace años que no hablan de otra cosa...

PERPETUA: Es que me gusta volverlo a escuchar.

FLORENTINA: Están todos a bofetones.

PERPETUA: Que se vaya de casa.

ZOILA: Ese hombre vive atemorizado.

JULIA: Ese vive feliz como una perdiz... ¡A mí me lo van a contar! Os lo digo tal como lo pienso: ese hombre es un cuentista.

FLORENTINA: Julia...

JULIA: Y un cuentista muy bueno. Si no te has dado cuenta en tantos años...

ZOILA: No la hagas sufrir más. Pobrecita Florentina...

JULIA: ¿No veis que es una pobre desgraciada, que ha malgastado su vida sufriendo por el marido de una gigante? (*Se le acerca y le acaricia el pelo*). Cuántos disparates se hacen cuando se es joven.

PERPETUA: Vamos, vamos. Lo que tendríamos que hacer es cantar una canción. Tú, Julia.

JULIA: ¿A estas horas de la noche?

ZOILA: Cuánto queremos a Florentinita...

PERPETUA: ¿Cantas aquella de «dulce, más dulce que el mazapán»?

JULIA: Me parece que huelo a quemado.

ZOILA: Ahora iba a decir lo mismo.

FLORENTINA: ¿Olor a quemado? ¡Ay, la confitura de tomate! (*Corre hacia la cocina y todas la siguen*).

*(Llaman. Al cabo de un momento vuelven a llamar. Salen de la cocina muy agitadas).*

JULIA: No podrás aprovechar ni una cucharada.

ZOILA: Qué amarga...

FLORENTINA: Ya sabía yo que hoy me pasaría algo.